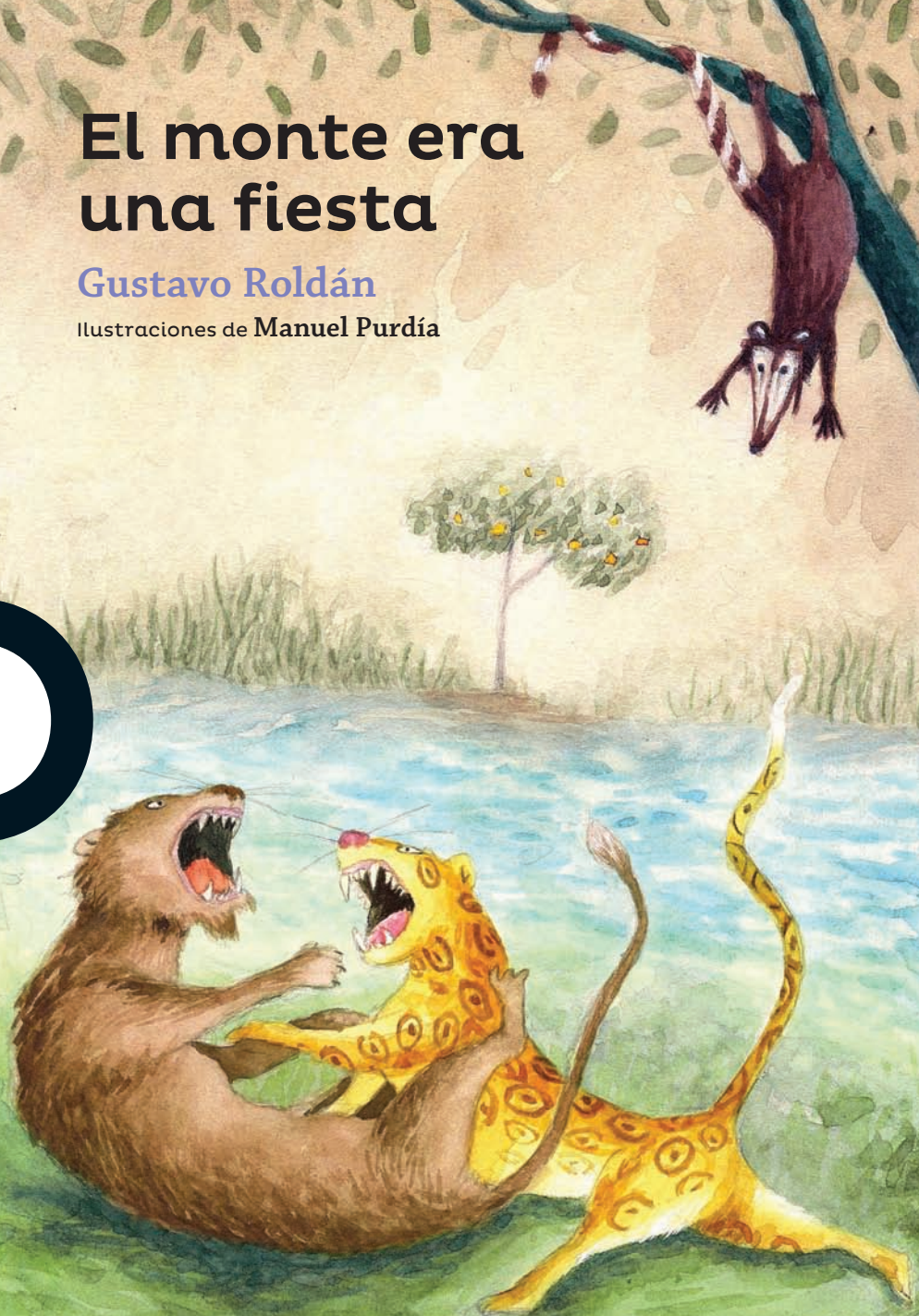


El monte era una fiesta

Gustavo Roldán

Ilustraciones de Manuel Purdía



loqueleg



www.loqueleo.santillana.com

© 1983, GUSTAVO ROLDÁN
© 2012, 2014, EDICIONES SANTILLANA S.A.
© De esta edición:
2015, EDICIONES SANTILLANA S.A.
Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-950-46-4333-3
Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Primera edición: octubre de 2015

Coordinación de Literatura Infantil y Juvenil: MARÍA FERNANDA MAQUEIRA
Ilustraciones: MANUEL PURDÍA

Dirección de Arte: JOSÉ CRESPO Y ROSA MARÍN
Proyecto gráfico: MARISOL DEL BURGO, RUBÉN CHURRILLAS Y JULIA ORTEGA

Roldán, Gustavo

El monte era una fiesta / Gustavo Roldán ; ilustrado por Manuel Purdía. - 1a ed.
.- Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Santillana, 2015.

64 p. : il. ; 20 x 14 cm. - (Morada)

ISBN 978-950-46-4333-3

1. Literatura Infantil y Juvenil. I. Purdía, Manuel, ilus. II. Título.

CDD 863.9282

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ESTA PRIMERA EDICIÓN DE 5.000 EJEMPLARES SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN EL MES DE OCTUBRE DE 2015 EN ARCÁNGEL MAGGIO – DIVISIÓN LIBROS, LAFAYETTE 1695, CIUDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA.

El monte era una fiesta

Gustavo Roldán

Ilustraciones de Manuel Purdía

loqueleq

*Para Alan Sillitoe y Ernest Hemingway,
con su permiso.*

*Y para los chicos que son felices
trepando al árbol más alto.*

SOBRE LLUVIAS Y SAPOS

La sequía no terminaba nunca aquella vez, y todos los animales tuvieron que hacer largos caminos para encontrar un poco de agua. Cuando por fin aparecía un pozo o una lagunita, al día siguiente ya no tenía ni una gota.

Y de nuevo a empezar.

De nada servía que entre el tatú, la iguana, la paloma y el coatí agarraran al sapo de las patas y lo tuvieran horas enteras panza arriba, como decía la abuelita del coatí que había que hacer para que lloviera.

Nada. Lo único que lograban eran las protestas del sapo:

—¡Pero no, chamigo! ¡Eso es puro cuento! ¡Son mentiras que los sapos panza arriba podamos hacer llover!

Al final le creían, pero más porque se cansaban de tanto tenerlo cada uno por una pata a ese sapo que no se quedaba quieto, y lo soltaban.

Pero al otro día andaba de nuevo el sapo a los saltos, con todos los bichos atrás, que al final siempre lo alcanzaban. Y otra vez horas y horas panza arriba.

—¡No sean supersticiosos! —gritaba el sapo.

—¡Pero que había sido protestón! —decía sorprendido el coatí.

—Compadre sapo —le hablaba con amabilidad la iguana—, le puede hacer mal a la garganta si grita tanto.

—¡Qué sapo inquieto! —decía la paloma.

Cuando al final lo soltaban, el sapo salía a los saltos, estirándose y echando maldiciones.

—¡No hay caso! —decía el tatú—. ¡Nunca queda conforme!

Así andaban las cosas. Cada cual intentaba a su manera conseguir un poco de agua. Pero no había caso. Ni arriba de los árboles, ni detrás de las hojas secas, ni pegando arañazos en la tierra con la pata izquierda.

—¡Qué vivos! —gritaba el sapo estaqueado—. ¿Por qué no prueban con un tatú panza arriba?



—¡No, chamigo —decía el tatú—, tengo la panza muy dura!

—¡Entonces con un coatí!

—¡No y no! —decía el coatí—. ¿A quién se le ocurre que un coatí panza arriba pueda hacer llover?

—¡Entonces con el yacaré, que tiene la panza mucho más grande!

Esa idea les pareció buena y aflojaron por un segundo las patas del sapo, que aprovechó para desaparecer en el monte de un solo salto.

Pero ahí nomás se dieron cuenta de que no solamente la panza del yacaré era muy grande, sino todo el yacaré, y de nuevo todo el bicherío salió corriendo detrás del sapo.

Así seguían las cosas. El sapo a los saltos, protestando. La iguana, el tatú, la paloma y el coatí, corriendo y gritándole:

—¡Pará, chamigo sapo! ¡Dejate agarrar!
Y la lluvia que no caía.

Pero como decía la abuelita del coatí: “No hay mal que dure cien años”; apenas

noventa y nueve años después cayó una enorme lluvia y se acabaron los problemas.

El coatí, la paloma, la iguana y el tatú estaban más contentos que víbora con pelecho nuevo.

—¡El método dio buen resultado! —dijo con orgullo la iguana meneando la cola.

—¡Tenemos que felicitar al sapo! —añadió la paloma esponjando las plumas lavadas y brillantes.

Y ahí nomás se fueron a buscarlo. Pero cuando los vio venir el sapo, que no se había olvidado de tanto tiempo panza arriba al santo botón, salió disparando a más no poder.

—¡Pará, pará, chamigo sapo! —le gritaban todos.

—¡Pará, chamigo, queremos conversar!

Pero el sapo tenía demasiada desconfianza y siguió disparando hasta perderse de vista.

—¡Pucha con este sapo! —dijo el tatú—. ¡Nunca va a dejar de ser un protestón!

EL TATÚ ENAMORADO

Cerquita del Paraná las flores habían comenzado a crecer por todos lados, como crecen las flores cerquita del Paraná. Los árboles se ponían más verdes, porque era la época en que los árboles se ponen más verdes. Y los pájaros cantaban todo el día, porque se les daba la santísima gana.

El tatú estaba enamorado de la iguana, y andaba pensando cómo conquistarla.

—¡Mi novio debe ser muy pero muy valiente! —decía la iguana, mientras paseaba coleteando de un lado para el otro—. ¡Sí señor, muy, pero muy valiente!

Y aplastaba flores a coletazos, haciéndose la distraída ante las miradas apasionadas del tatú.

El tatú se paraba en la punta de la cola y silbaba un chamamé, tratando de llamar la atención.

Se ponía una flor en la oreja y daba vueltas carnero con gran habilidad.

Pero nada. La iguana pasaba a su lado y parecía que ni lo había visto siquiera.

“¡Si yo me animara a pelearlo al tigre!”, pensaba el tatú. “¡Entonces sí que me miraría!”.

Y los días pasaban y pasaban, porque ahí, cerquita del Paraná, los días siguen pasando aunque uno esté muy enamorado.

Hasta que se le ocurrió una idea, y a galope tendido de tatú se fue hasta la laguna donde vivían las ranas, y adonde iban a tomar agua todos los animales.

Y, “bss bss bss”, les explicó su idea a las ranas, que se entusiasmaron y dijeron que “sí-cómo-no-encantadas”.

El tatú se quedó espiando, escondido entre unas tacuaras.

El mono llegó contento, dando esos saltos mortales que siempre terminaban justo al borde del agua. Pero de la laguna salieron unos ruidos espantosos, como de hipopótamo enojado, y aunque el mono no sabía lo que